

# VICENTE VERDÚ

Un escritor sin género

FERNANDO BAÑULS / J. M. NOGUERA

**A**unque nadie lo ha pedido, no deja de ser significativo que sintamos la necesidad de justificar la razón de ser de este escrito. Afortunadamente el *que inventen ellos* queda ya muy lejano y desprestigiado, pero es una realidad observable que en no pocas ocasiones se prefiere, entre los defensores de las mismas o parecidas tesis, al foráneo que al nativo. Este estado de cosas es comprensible si tenemos en cuenta la desproporción del peso, en el mundo académico e intelectual, entre el pensamiento en español y el que proviene del mundo anglosajón (o francés, o alemán en filosofía). Por ejemplo, y salvando todo lo salvable, Vicente Verdú es un autor que puede ser comparado, por su temática y planteamiento, con Lipovetsky; las entradas que aparecen en Google (edición en inglés) referidas al francés casi alcanzan el medio millón, las de Verdú, según el momento y las ediciones, oscilan entre cien y doscientas cincuenta mil. ¿Sobre cuál de los dos decidiría trabajar un joven doctorando español que piense, legítimamente, en promocionar su carrera intelectual? Nosotros lo vamos a hacer sobre Verdú.

En la Blogosfera, pero también sobre el papel de libros y diarios, Vicente Verdú viene aireando sus tesis sobre las sociedades contemporáneas y su proyección futura, apostando por una profunda transformación en lo tocante a la transmisión de los *memes*<sup>1</sup> (unidades elementales de

información cultural), fundamentalmente en lo que respecta a la transmisión cultural entendida en su acepción vulgar, identificada con la lectura de libros, visitas a exposiciones, representaciones teatrales o conciertos de música, aspectos todos ellos, especialmente la lectura de libros, que Verdú considera desplazados en su misión tradicional de reproducir valores culturales en detrimento del papel que desempeñan ya otras herramientas alternativas propias del mundo contemporáneo, las que agrupamos bajo la denominación de *nuevas pantallas*: Internet, consolas, televisión... En expresión suya referida a la novela, pero exportable a cualquier otro ámbito del pensamiento: "Paralelamente, así como en la pintura es inconcebible producir sin tener presente la fotografía, la televisión, los videojuegos, el avión, los grafitis o cualquier pantalla, en la narración es torpe seguir como si no existiera publicidad, correo electrónico, chats, cine, YouTube, MySpace o la Blogosfera"<sup>2</sup>. Y más directamente relacionado con la lectura, en el mismo diario, al mes siguiente, señala: "Ni la lectura es un bien absoluto ni todo el saber está ya en los libros. Leer más no hace más inteligentes, sólo hace más inteligentes para leer. El resto del mundo del conocimiento, el mundo audiovisual es ahora una fuente más caudalosa e importante en el saber"<sup>3</sup>.

Este torpedo a la línea de flotación de los valores culturales institucionalizados desencadenó

rápidas y sonoras réplicas, de las que la de Antonio Muñoz Molina tal vez sea la más conocida por su rapidez y contundencia<sup>4</sup>. Pero son más las ideas del escritor ilicitano que han resultado polémicas: el *personismo* y sus implicaciones, recogidas en el título mismo de algunos de sus libros (*Yo y tú, objetos de lujo*), la visión que transmite del *American way of life* contemporáneo en *El planeta americano*, e incluso podría caber en este apartado el carácter autobiográfico sin concesiones (consecuente con sus planteamientos metodológicos) que puede herir alguna sensibilidad de lectores del siglo xx en su penúltima obra publicada (a día de hoy), *No Ficción* (2008)<sup>5</sup>.

Tanto carácter polémico suele acabar enredándose en el uso de la falacia *ad hominem*, tanto en detractores como en apologistas. Para evitarlo merece la pena realizar una aproximación rigurosa (no pretendemos doctoral) al pensamiento y obra de Vicente Verdú que dé claves que permitan realizar una lectura crítica de su obra. Planteamos, pues, un ejercicio hermenéutico que contribuya a situar su pensamiento en las coordenadas del pensamiento español contemporáneo, para lo cual resulta pertinente saber el cómo, el por qué y el cuándo de la génesis de sus ideas, de las que

resultan polémicas y de las que no tanto. También echaremos nuestro cuarto a espadas refiriendo alguna crítica que consideramos pertinente, y todo ello sin pretender realizar un estudio sistemático de su obra, conviene insistir en esto para evitar generar falsas expectativas; la amplitud, y sobre todo la variedad de propuestas que diariamente lanza en su blog y en *El País*, además de en libros y revistas, convierte esa idea del estudio sistemático en, parafraseando la película, un proyecto demasiado lejano. Y siguiendo con estas advertencias metodológicas que tratan de acotar el alcance y el sentido de nuestro escrito, nos vamos a basar en su obra publicada prestando especial atención a dos libros recientes<sup>6</sup> que entendemos que resultan clave para recoger su pensamiento, *El estilo del mundo* (2003) y *Yo y tú, objetos de lujo* (2005), y en una entrevista con el autor grabada en el verano de 2008 en su casa de Santa Pola.

Habrà quien considere sus ideas genialidades (tanto en el sentido literal como en el figurado, según sus filias y sus fobias), pero la teoría romántica del genio creador, sin despreciarla, no resulta muy fructífera para referirla aquí. Más bien frente a las interpretaciones utópicas y ucrónicas, capaces de explicarlo todo sin justificar nada, lo cierto es que el pensamiento arranca de coyunturas socio-históricas concretas, y en el caso del autor que nos ocupa la referencia al pensamiento español contemporáneo; y en concreto a uno de sus más emble-

<sup>1</sup> Término acuñado por Richard Dawkins en 1976 en analogía con los *genes*, y que tomamos de Jesús Mosterín (véase *La Naturaleza Humana* Ed. Espasa-Calpe, Madrid 2006).

<sup>2</sup> "Reglas para la supervivencia de la novela" *El País*, 17/11/2007.

<sup>3</sup> "La miseria de la escuela" *El País*, 8/12/2007.

<sup>4</sup> En el mismo diario, tres días después, replica: "Aún impresionado por los luminosos dictámenes de Vicente Verdú sobre la *Miseria de la escuela* (...), sólo se me ocurre añadir una sugerencia: que el periódico jubile cuanto antes al propio Vicente Verdú y a todos los colaboradores y redactores que pasamos de los 20 o 30 años".

<sup>5</sup> Para consultar su bibliografía véase su blog; <http://www.elboomeran.com/blog/11/vicente-verdu/>.

<sup>6</sup> Su trayectoria editorial arranca en 1972.

máticos (y poco reconocido) representantes, Jesús Ibáñez, resulta clave tanto para entender el origen como el sentido de sus aportaciones intelectuales.

### Sociología de la vida cotidiana (Verdú e Ibáñez)

En las solapas de sus libros (que reproducen hasta la saciedad centenares de páginas web) es ya un lugar común referirse a Verdú como un “sociólogo de la vida cotidiana”. Esta etiqueta, útil sin duda, arranca ya desde sus primeras colaboraciones en *Cuadernos para el Diálogo*, en los primerísimos años 70, revista a la que fue llamado por sus editores para imprimirle un carácter más periodístico que compensara el tono marcadamente sesudo de buena parte de sus contenidos. Y a esta tarea, la de tratar como periodista y semiótico (los que no lo vivieron deben saber de la extraordinaria presencia de esa disciplina en la época) lo que Verdú llamó ya por entonces “las cosas de la vida cotidiana”, se aplicó junto con otros de la talla de Luis Carandell. Buscando herramientas con las que abordar con garantías esta labor fue como el periodista encontró al sociólogo, Verdú a Jesús Ibáñez.

Ibáñez es un icono de la sociología española contemporánea al que podría aplicarse la fórmula que Javier Muguerza utilizó para referirse a otro de los colaboradores iniciales de *Cuadernos*<sup>7</sup>, Elías Díaz, “maestro inmediático”. Referencia inexcusable de quienes se dedican a esta disciplina, es un gran desconocido del gran públi-



Vicente Verdú

co. Expulsado en 1956 del Instituto de la Opinión Pública y de la Universidad por solidarizarse con las detenciones de estudiantes y profesores, Jesús Ibáñez fue el fundador del primer instituto de estudios de mercado que se creó en España (ECO). Y precisamente esa labor de estudios empíricos que desarrollaba el gran especialista en epistemología de las ciencias sociales que fue Ibáñez, combinando métodos de investigación cualitativos con profundos análisis semióticos, terminó de fraguar la forma de acercarse al estudio de los “objetos”, igual podía ser un vino que (como llegó a ser uno de los primeros libros de Verdú) el fútbol. El sociólogo recomendó al periodista *El sistema de los objetos*, de Baudrillard, y de allí surgió una fructífera relación que tenía a Ibáñez como maestro del que fluían ideas incesantemente, y a Verdú como periodista capaz de poner negro sobre blanco de forma inteligible (la gran asignatura pendiente de Ibáñez) ese torbellino de ideas, interesantes, sin duda, pero apenas comprensibles en boca del sociólogo que, no obstante, para Verdú eran motivo de reflexión e inspiración.

Una circunstancia que se repite con frecuencia entre quienes

presentan sus libros, o le presentan a él en una conferencia, es la de señalar lo difícil que resulta clasificar su labor. Y no es por falta de capacidad de sus presentadores; el propio Verdú reconoce que “ni yo mismo sabría cómo clasificarme”. ¿Hablamos de un periodista, economista, sociólogo, semiólogo, psicólogo social, antropólogo...? Lo cierto es que todas ellas son distintas facetas intelectuales por las que se interesa o se ha interesado. Obviamente el peso de cada una de ellas en su producción intelectual es distinto; sin duda el periodista es el más conocido por el público y resulta de sobra comprensible: desde *Nivel*, periódico fundado por un grupo de amigos y dirigido por Manuel Martín Ferrand que salió un único día (28 de diciembre), pasando por los míticos *Cuadernos para el Diálogo* de Ruiz-Giménez, hasta *El País*, su diario, en el que escribe y ha desempeñado los cargos de Jefe de Opinión y Jefe de Cultura, el ejercicio del periodismo forma parte del núcleo duro de su actividad intelectual. Pero su formación universitaria inicial fue en Económicas, en Madrid (tras estudiar el Bachillerato, de ciencias, en La Salle, Valencia), y después de estudiar Estadística, un curso

de Ingeniería Industrial y Periodismo en Madrid, se doctoró en Ciencias Sociales en La Sorbona del París pre-sesenta-y-ocho. Y eso respecto de su formación académica porque su curiosidad intelectual le llevó a interesarse por todas las disciplinas señaladas, así que la dificultad por clasificarlo está más que justificada, pero puede resultar útil intentarlo.

Una formación de carácter tan multidisciplinar resulta muy conveniente para un ensayista de sus características, pero sería un error inferir que nos encontramos ante un anarquista metodológico, un ecléctico sin método que toca todos los palos sin quedarse con ninguno. No es eso. Hace falta una buena dosis de observación, que si no va acompañada de otro tanto de información se queda en nada, para arriesgar las hipótesis que plantea. Hipótesis que surgen de la aplicación de métodos y técnicas cualitativas de investigación social en la producción y recolección de datos, fundamentalmente la observación y el uso exhaustivo de documentación como fuente de información secundaria. En el mundo académico hace ya mucho tiempo que se superó (y en esto también seguimos tendencias de pensamiento anglosajonas) la estrechez metodológica de un positivismo militante, pero sucede que cuando se contraponen aspectos cualitativos a cuantitativos, como lo idiográfico y único a lo nomotético y general, o el significado y el sentimiento a los hechos y los sucesos, la comprensión a la explicación causal, y en resumen, cuando lo manifiesto sirve de base para acceder a lo latente, tiende a despreciarse la perspectiva de inves-

<sup>7</sup> En realidad miembro del equipo fundador de la revista.

tigación cualitativa en detrimento de la mucho más fácilmente objetivable investigación cuantitativa. No pretendemos volver a reproducir aquí la vieja *Methodenstreit* decimonónica, pero sí señalar que a los estudios cualitativos se les sigue identificando con un handicap de cientificidad frente a sus primos cuantitativos; bien es verdad que los excesos metodológicos de hermeneutas postmodernos, algunos de ellos auténticos impostores intelectuales a los que se les podría asignar la célebre frase de Mills “saben que lo que dicen es importante, pero ignoran si es cierto”, propician ese descrédito.

Pero aquí no debemos alejarnos de Verdú y sus escritos, y volviendo al intento por perfilar su labor intelectual hay que decir que dos actividades destacan sobre las demás: la de periodista y la de sociólogo, aunque habría que apresurarse a matizar que ninguna de las dos realizadas *al uso*. Su formación en Economía hay que entenderla con un marcado carácter instrumental; es una herramienta, muy útil, sí, pero al servicio de otras corrientes de investigación que se situarían en la órbita del periodismo y la sociología. Sí, pero podríamos seguir preguntándonos, ¿qué tiene de una y otra perspectiva? Una analogía de filosofía política nos puede ayudar a plantear correctamente lo que queremos señalar: para el buen gobierno resulta interesante la idea de que el soberano político conozca la filosofía; ¿pero se trata de conseguir que el filósofo sea rey (Platón) o mejor que el rey sea filósofo (Kant)? ¿Es Verdú un periodista que usa la sociología y otras disciplinas para sustanciar sus escritos? ¿O más bien estamos ante un sociólogo que utiliza una exposición narrativa de la teoría —otro rasgo característico de la perspectiva de investigación cualitativa<sup>8</sup>—? Los matices serían muchos en ambos casos, pero si se plantean ambas opciones de for-

ma excluyente nosotros optamos por la primera. Y esa circunstancia es la principal responsable, en nuestra opinión, de que sus publicaciones ofrezcan el flanco a diversas críticas... y de que resulten inmunizadas ante ellas.

La razón es simple: Verdú utiliza métodos y técnicas de investigación social que le son útiles en su labor interpretativa de la realidad en que vivimos, pero no siente ninguna obligación por ajustarse a protocolos y procedimientos académicos. No es ese el trabajo de un periodista. Para la tarea que se propone de comprensión del sentido (más que difícil por dirigirse a la inmediatez del presente, cuando la lechuza de Minerva aún no ha alzado el vuelo), Verdú usará de cuantas técnicas y métodos estén a su alcance, y en ese sentido la amplitud de su bagaje cultural resulta un gran *input*, pero un periodista no tiene ni que dar clases, ni ser examinado por sus pares de acuerdo a reglas y métodos preestablecidos por la Academia; tiene que llegar al fondo del asunto... si se puede, y los encargados de juzgarle son sus lectores, que no aplicarán metodología científica alguna para celebrar o no sus tesis.

Pero, de nuevo, hay que apresurarse a matizar.

### Poesía, tendencias y conceptos

El interés inicial por el estudio de las cosas de la vida cotidiana (los *objetos*, corrigió enseguida Ibáñez) no garantizan el éxito mediático que todos estamos dispuestos a reconocerle a Vicente Verdú. Sin duda dos cosas han marcado la diferencia: el estilo y una cualidad que le define y diferencia, la de ser un extraordinario señalador de tendencias.

Respecto del estilo hay que decir que nos encontramos ante la gran obsesión del personaje Verdú. Usar el condicional contrafáctico da mucho juego, pero en realidad —muy probablemente nada de lo que conocemos de su obra hubiera llegado a realizarse de haberse reconocido su inicial vocación poética. Pero fue otro Vicente ilicitano, Molina Foix, el

escogido por Castellet en su celebrísima antología, y a esas alturas Verdú ya sabía que debía aparcar su faceta poética y encontrar otros cauces de expresión. Pero la trascendencia debida al estilo, eso no desapareció jamás de sus planes, sólo cambió el medio; la poesía dio paso al periodismo. Y no nos estamos refiriendo a un impulso de juventud, a una pasión que hiere el tiempo y acaba por morir. No. De hecho en diversas apariciones públicas que tenían como objetivo promocionar uno de sus últimos libros, el propio autor ha confesado que sólo refugiándose en el estilo ha sido capaz de publicar referencias personales de carácter íntimo en el relato autobiográfico *No Ficción* (2008).

Además de que, resulta de perogrullo señalarlo, no sólo tiene una relevancia profunda el estilo entendido en su aspecto *formal*, flaubertiano, como preocupación profunda por encontrar la forma adecuada en la que transmitir sus ideas (que lo tiene), sino que además ha hecho del estilo un tema *objeto* de estudio central en su obra, y que se recoge en el título mismo del que tal vez sea, si no su libro más significativo, sí el que le sitúa en una nueva etapa en su devenir intelectual, o como lo definimos aquí con una analogía informática, le reinicia, *El estilo del mundo* (2003).

Junten todo lo señalado hasta aquí y probablemente encuentren más sentido a expresiones suyas como esta referida a la comunicación con los lectores: “...la mayor conquista del lector no sería a través de un discurso racional bien construido, sino a través de la seducción de la palabra... que el ensayista persuada al lector no a través de tener toda la razón, sino todo el encanto”. Más adelante volveremos sobre las implicaciones de esto mismo.

Y respecto de la cualidad que le identifica como un extraordinario señalador de tendencias, tanto en el ámbito de las relaciones humanas, como del uso de la tecnología, el consumo o de las formas de expresión literaria, nuestra idea es la siguiente: de ser el aspecto más significativo del

estudio de la “sociología de la vida cotidiana”, ha pasado, sin desaparecer en absoluto (los ya citados *El estilo del mundo*, *Yo y tú*, *objetos de lujo* y por supuesto *Passé Composé* (2008) —recopilación de los escritos publicado en su blog<sup>9</sup>—, están repletos de ese tipo de referencias), ha pasado, decíamos, no ya a un segundo plano, porque sigue siendo parte sustancial de sus publicaciones, pero sí a superponerse con otra característica de aparición más reciente en su obra, y que parece preocupar ahora más al autor (esa es nuestra tesis), el intento por conceptualizar, por encontrar el sentido último de una diversidad de acciones que podrían sintetizarse en un concepto. De ser así, *El planeta americano* (Premio Anagrama de Ensayo 1996, probablemente su mayor éxito editorial y la obra que acabó por encumbrarle mediáticamente), supone el canto del cisne de ese rasgo que en términos anglosajones podríamos denominar *pathfinder*, el explorador que se adelanta al grupo para marcar o señalar objetivos, para dar paso a una línea de investigación más conceptual que inicia *El Estilo del mundo*.

### Deconstruyendo a Vicente

De hecho *El Estilo del mundo* se publica seis años después de la vuelta de su experiencia americana, tras cuatro años de elaborada gestación que pretende ordenar, aclarar, sintetizar las nuevas experiencias vividas, conocimientos adquiridos y vertiginosos cambios sufridos en el mundo de la era de la información, para lo que Verdú ha tenido que repensar, actualizar y tratar de conceptualizar una ingente cantidad de datos acumulados por él en ese intervalo de tiempo. Este proceso, que emprende conscientemente como un ejercicio autoimpuesto, le llevará más tiempo y esfuerzos de los que eran de prever, y se inicia con la lectura de un libro de Física de un autor japonés (ya nos hemos referido a su voracidad in-

<sup>8</sup> Como algunos consideraban a Ortega, un periodista que trataba cuestiones de filosofía, más que un filósofo que escribía en los diarios.

<sup>9</sup> Véase nota 5.

telectual), de todo tipo de ensayos sobre la realidad social, y de la nunca abandonada costumbre de consultar las grandes cabeceras de la prensa norteamericana (*New York Times*, *Business Week*, *Time*...). Este proceso de documentación nos permite identificar el que pensamos que es otro rasgo de su pensamiento. Tal y como lo entendemos las ideas de nuestro autor serían el resultado (genialidades al margen) de un peculiar cruce de influencias: por un lado de la filosofía francesa (Baudrillard es una referencia frecuente, pero también aparecen recogidos Lipovetsky, Deleuze...) <sup>10</sup> y por otro del pragmatismo anglosajón, en el que cumple un papel nada desdeñable la lectura de la prensa norteamericana, que además, gracias a su forma de expresión ágil, ligera y divertida,

<sup>10</sup> Curiosamente todos ellos recogidos en el Índice de Sokal y Bricmont *Imposiciones intelectuales*, Ed. Paidós Barcelona 1999

le sirve a Verdú en el proceso de elaboración de sus ideas como útil contrapeso a las recargadas (y no sólo en la forma) lecturas francesas. No obstante hay que resaltar que hablamos de influencias. El carácter original y personal de sus escritos resulta suficientemente obvio. O dicho de otra manera, Vicente Verdú no es un divulgador de ideas ajenas. Su pensamiento viene, eso sí (como todos), mediatizado por lecturas y experiencias; a esas lecturas y experiencias queremos referirnos. La originalidad sólo puede señalarse, y se ve.

Y todo ese trabajo apunta hacia una dirección: encontrar la síntesis de una pluralidad de acciones, comportamientos, usos y tendencias que puedan agruparse bajo un único conocimiento; esa es la definición de concepto. Y precisamente conseguir realizar esa síntesis, elaborar conceptos, es, según Deleuze, el propósito de la filosofía <sup>11</sup>. Y según nuestra opinión es también la causa del

giro iniciado en la obra de Verdú con *El estilo del mundo*, libro que marca un antes y un después en su obra justamente en la línea señalada de marcar conceptos. Rastrear tendencias, *leer superficies*, mostrar evidencias de las que no nos percatábamos, son cualidades que identificamos con Vicente Verdú. Sigue haciéndolo, es la razón de ser de su actividad periodística, pero ahora quiere ahondar en la superficie sin abandonarla, quiere identificar los conceptos que nos permitan movernos por la superficie sin perderlos, y todo eso en la inmediatez del ahora. *Personismo, sujetos, capitalismo de ficción*, serían los de mayor calado y los que mejor definen *ahora* la marca Verdú; pero podrían definirse también como conceptuales otras expresiones

<sup>11</sup> Si en un principio era el Caos, la filosofía se enfrentará a él construyendo conceptos. Véase Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *¿Qué es la filosofía?* Ed. Anagrama, Barcelona 2005 (1ª ed. 1995).

muy definitorias suyas: *cultura sin culto, formación sin información, divertirse hasta morir*...

¿Y cuál ha sido la trayectoria de estas propuestas conceptuales? Desde luego ni en la vida académica (a la que Verdú ha renunciado siempre de manera consciente), ni en el mundo cultural en el sentido vulgar que señalábamos al principio, han calado o son de uso frecuente. Sólo él sabrá si tenía esa pretensión, pero lo cierto es que el papel que claramente parecen desempeñar, en la lectura que nosotros hacemos de esta actividad *conceptos versus caos*, es algo bien distinto y más práctico. En nuestra opinión esos dos libros suyos que recogen una mayor elaboración conceptual, y que vienen siendo objeto de especial atención aquí, funcionan como un auténtico programa de máximos de su actividad periodística. Convendría recordar ahora lo comentado sobre la relación periodismo-sociología; un muy elaborado, repensado y documentado

## La guía de vinos más completa para romper mitos

EDICIONES  
EL PAÍS



- > **Todas las marcas del año**  
Claves para disfrutar del vino
- > **70 Denominaciones de Origen**  
con mapas y la información más relevante
- > **Más de 450 páginas**

Ya a la venta en quioscos  
Telf. Información: 902 101 146



marco conceptual en forma de libro marca las coordenadas entre las que se desenvolverán los escritos que la insaciable avidez de la profesión periodística demanda implacable casi a diario (a veces sin el casi), tanto en artículos y columnas en *El País*, como en los *posts* de su blog. Según una analogía que tomamos del propio Verdú la actividad de escribir se entendería aquí como Arquitectura; si la idea–nervio que sirve para proyectar un edificio es fuerte, sólida, tiene consistencia, permitirá articular adornos, mobiliario y funcionalidades de manera coherente con el proyecto. De la misma forma, el *capitalismo de ficción*, o el *personismo*, o el *divertirse hasta morir* hacen las veces de esas ideas–nervio que resultan fecundas en su aplicación a distintos ámbitos de la vida cotidiana que el periodista plasmará en su blog diario, o en el artículo de *El País* sobre cualquier contingencia del presente, tenga ésta que ver con las relaciones personales, la moda, los coches o los colores.

No nos hemos propuesto reeditar, ya lo hemos dicho, un estudio sistemático de la obra de Verdú, más bien pretendemos acercarnos a ella de forma impresionista, a pinceladas cortas que vayan dando forma al cuadro (algunos podrían decir *deconstruyendo*); y otro aspecto metodológico que pensamos debe destacarse es otra peculiar relación entre ámbitos bien diferenciados. En este caso se trataría de niveles, del grado de generalidad desde el que se abordan sus investigaciones, que combina de una forma tremendamente efectista lo macro con lo micro. Ideas clave en su pensamiento como las recogidas arriba, que funcionan como conceptos cuyo grado de generalidad, por definición, es muy grande, se emplean y definen asociadas a particularidades asombrosamente concretas: la campaña de publicidad de un perfume francés, el lanzamiento de un modelo de coche norteamericano, la descripción de un restaurante berlinés gestionado por ciegos, la influencia del color blanco en la moda o las características de un *mall* o de

una *gated community*, cuando no es un comentario sobre un breve escrito de Rousseau o un detalle en un cuadro de Tiziano. Esta característica la utiliza Verdú con peculiar maestría, y sin duda resulta ser una de las claves de su éxito con los lectores.

### Da que pensar

Para acabar no pretendemos fijar conclusiones, pero sí señalar algunas facetas de su obra que dan que pensar. Nos centraremos en dos tan relacionadas que, de hecho, podrían agruparse en una: valores de otro orden y la relación individuo–grupo. Dejando entre paréntesis el hecho de que su carácter de ensayista *free lance* (actitud que le diferencia, por cierto, del otro autor con quien le comparábamos al principio, Lipovetsky) podría lanzar una bofetada no intencionada al burocratizado modelo español de investigación universitaria.

Respecto del primero. Desde el principio hemos descartado planteamientos utópicos y ucrónicos, así que conviene no desviarse ahora tampoco de esa línea, y si la aplicamos al tema de los valores conviene preguntarse, ¿y si toda esta condena sistemática y general de lo que vivimos (crisis de valores, pérdida de la cultura del esfuerzo... –rellene el lector la línea de puntos con cuantos aspectos más desee–), y si todo esto que estamos condenando lo hacemos porque no se parece al sistema de valores que nosotros teníamos, y resulta que se está produciendo una metamorfosis que somos incapaces de ver porque estamos negándola con un patrón pasado, anacrónico? Lo cierto es que actitudes como la transparencia, la solidaridad, la expresión más franca y directa entre personas, la facilidad con que la gente se moviliza contra la injusticia o el abuso, son características más fáciles de encontrar en el presente que en los esquemas de valores de la generación adulta. De tal forma que estamos asistiendo al surgimiento de valores de otro orden que todavía parece que no somos capaces de apreciar, debido, fundamentalmente, a una melanco-

lía por el pasado que parece presidir nuestras escalas morales<sup>12</sup> y que se manifiesta en las modas retro y la restauración o la rehabilitación. Estas son ideas de Verdú que, aliñadas con casos concretos del presente (recuérdese lo dicho sobre la conjugación de niveles macro y micro), consiguen que no pocos lectores se remuevan en sus butacas, pero que hay que tomar muy en serio porque parecen no ir nada desencaminadas.

Y respecto del segundo, aunque muy relacionado con el primero. Personismo y sujetos son dos de los conceptos estrella definitorios de su pensamiento que el procesador de textos subraya siempre en rojo, con razón (parece mentira que el hábil autor rastreador de novedades y tan preocupado por el estilo no encuentre términos más eufónicos). Pero sonidos aparte, la realidad que se pretende expresar es la de una nueva forma de relación individuo–grupo que carga las tintas en el individuo, huyendo del individualismo, merece ser analizada. Curiosamente una buena forma de acercarse a este tema tal vez sea la de leer un libro que Verdú no deja de recomendar a quienes le preguntan, de un, cómo no, periodista del *New Yorker*, James Surowiecki, *The Wisdom of Crowds*, traducido con maldad al castellano como *Cien mejor que uno*<sup>13</sup>.

No estaría de más precisar el sentido de ese no-individualismo. De hecho Verdú distingue al *sujeto*, de cuyo estudio se encarga la sociología y que él caracteriza como “cínico”, del *ciudadano*, que se encargaría de estudiar la ciencia política y que entiende como “racional y abstracto” y de las *personas*, de carácter emotivo (y mujer) y que para entenderlas habría que remitirse a la comuni-

cación. En cualquier caso, y remitiéndonos a sus libros para precisar estas cuestiones, resulta obvio en ellos el mayor peso de la sociedad civil frente a las instituciones, especialmente la política, que sale muy mal parada. Esta desideologización política podría leerse también en clave ideológica como una sintonía con tesis como las del anarquismo liberal de Nozick, siendo ésta una consecuencia que se desprende de las tesis de Verdú, si no indeseable, sí probablemente no deseada. Y en situación parecida estaría su pretensión de conquistar al lector “no a través de tener toda la razón, sino todo el encanto”, lo que podría situarle fácilmente en la órbita de postmodernos, esteticistas e irracionalistas.

Pero acertada o no la posición ideológica, hay algo que sí es cierto y que reafirma lo dicho hasta aquí del autor ilicitano. Sus análisis de la realidad parecen salidos del reportero, del que mira y transcribe sin valorar; y de hecho moralizar es tal vez la última de sus pretensiones. Sin embargo esto es algo que también nos tiene que dar que pensar. Por recurrir a otro norteamericano de la misma quinta que Verdú, Richard Sennett:

“Los apóstoles del nuevo capitalismo sostienen que su versión de estos tres temas –trabajo, talento y consumo– añade más libertad a la sociedad moderna, una libertad fluida, una *modernidad líquida* (Zygmunt Bauman). Mi disputa con ellos no estriba en saber si su versión de lo nuevo es real o no; las instituciones, las habilidades y las pautas de consumo han cambiado, sin duda. Lo que yo sostengo es que estos cambios no han liberado a la gente”<sup>14</sup>.

No resulta fácil encajar los valores de otro orden con la justicia social, al menos como se entendía en el siglo xx. ■

Lima, agosto de 2008

<sup>12</sup> Nada nuevo bajo el sol por otra parte. Marco Aurelio ya reflejaba en sus *Soliloquios* esta misma situación.

<sup>13</sup> Surowiecki, James, *Cien mejor que uno: La sabiduría de la multitud o por qué la mayoría es más inteligente que la minoría*. Ed. Urano, Barcelona 2005.

<sup>14</sup> Sennett, Richard, *La cultura del nuevo capitalismo*, Ed. Anagrama, Barcelona 2006

**Fernando Bañuls** es Profesor del Departamento de Sociología II de la Universidad de Alicante.

**J.M. Noguera** es Profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad Católica San Antonio de Murcia.